

gria, la tranquilidad y la dulzura son inseparables de la verdadera virtud; si desde que un corazón está lleno de Dios, si desde que una alma es toda de Dios, lo encuentra todo llano; si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud tienen todas las puntas embotadas; si no punzan; si ciertamente son más abundantes en todo otro estado, donde sin duda punzan mucho más; si la estrechez del camino les deja á todos un espacio bastante ancho y acomodado; y si todos los monstruos que se encuentran en la región de la virtud no son sino unos fantasmas, que lo mismo es acercarse á ellos, que desaparecer; ¡qué pesar, qué desesperación algún día la de esas personas cobardes que estiman y aun aman la virtud; pero que se alejan de ella, porque temen encontrarla rodeada de dificultades, y no dispensando sino penas á los que la abrazan!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que todas nuestras turbaciones, todas nuestras inquietudes, todas nuestras amarguras, todos nuestros pesares, durante esta vida, no vienen sino de nuestras pasiones; ellas son los enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvación, y el origen fatal de nuestros disgustos. Con la práctica de la virtud, si las pasiones no se destruyen de todo punto, á lo menos se doman, lo que todavía es más agradable y más dulce. Un león dócil, unos elefantes que pelean por ti, que respetan al que los ha amansado, y que le sirven de guardia y de defensa; he aquí lo que la virtud hace de las pasiones. ¿Queda todavía una raíz, una libra de soberbia? se sirve de ella para menospreciar al mundo: ¿se sienten todavía algunos movimientos de ira? se sirve de ellos para ejercitar con gusto contra sí todos los rigores de la penitencia. El primer don que Dios dispensa al alma es su gracia, con la cual se puede todo: el segundo es su amor, y el amor hace que todo sea fácil y agradable: el tercero es una confianza entera, y como una seguridad de salvación, fundada siempre en la bondad de Dios, de la que tiene pruebas tan sensibles, y la que no permite que se dude de ella; y aunque todo esté mezclado con un temor saludable, este temor en nada se altera. Considera cuántos manantiales abundantes de consuelos y de gozo tienes en la virtud. ¡Pero qué dulzuras las que corren de estos manantiales! La paz del alma, la tranquilidad del corazón, la sumisión de las pasiones, el dulce testimonio de la propia conciencia. ¡Buen Dios, qué abundancia de consuelos no derramais en el alma de vuestros siervos! Adversidades, cruces, enfermedades, reveses de fortuna, accidentes no esperados, desgracias, vosotras perdeis toda vuestra amar-

gura cuando encontráis con un corazón puro, con un corazón abrasado en el amor de Dios; el pensamiento de la muerte, la muerte misma no puede menos de llenar de gozo á una alma fiel. ¡Oh, Señor, y cuánta verdad es que vuestro yugo es suave y ligero! Haced, Señor, que yo tenga la dicha de experimentar en mí mismo.

JACULATORIAS. — ¡Qué abundancia de dulzuras no reservais, Señor, para los que os temen y os aman! Dichoso aquel que lo experimenta. (*Psalm. 30.*)

Gustad, y ved si hay cosa que pueda compararse con las dulzuras que se hallan en el Señor. Dichoso el hombre que no espera sino en su Dios. (*Psalm. 33.*)

PROPOSITOS.

1 El mundo dice que el yugo del Señor es insoportable; pero el mismo Jesucristo dice que es suave, y que sus mandamientos no son difíciles de guardar: ¿á quién hemos de creer? El mundo lo dice, esto es, los que no saben cosa alguna sobre este punto; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. El mundo dice que no hay sino gozo, dulzuras, consuelos en el mundo: ¿pero en esto dice la verdad? trasladó á las gentes del mundo. Afírmate bien el día de hoy en estas importantes verdades, tan confirmadas por la experiencia; y si tú no las experimentas en tí mismo, cree que tu poca virtud tiene la culpa.

2 No niegues á Dios cosa alguna. La fidelidad en las cosas más pequeñas abre, por decirlo así, la puerta á todas esas delicias espirituales. Jamás hables de la virtud que no sea en este tono. El pensamiento del cielo y de la eternidad son de un gran socorro para sentir las, aun cuando el alma padece las mayores sequedades. No busques las dulzuras en el servicio de Dios; porque esto sería detener su corriente, y aun hacer secar la fuente. No sirvas á Dios sino por amor de Dios, y porque merece que le sirvas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA VICTORIA, virgen y mártir, en Roma; la cual en la persecución del emperador Decio siendo desposada con Eugenio, idólatra, co-

mo no quisiese casarse con él, ni ofrecer sacrificio á los idolos, despues de haber obrado muchos milagros, por los cuales se habian convertido á la fe muchas doncellas, á instancia de su propio esposo le atravesó el verdugo el corazon y murió. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE LOS VEINTE SANTOS MÁRTIRES, en Nicomedia; los cuales siendo cruelmente atormentados en la persecucion de Diocleciano, llegaron á ser mártires de Jesucristo.

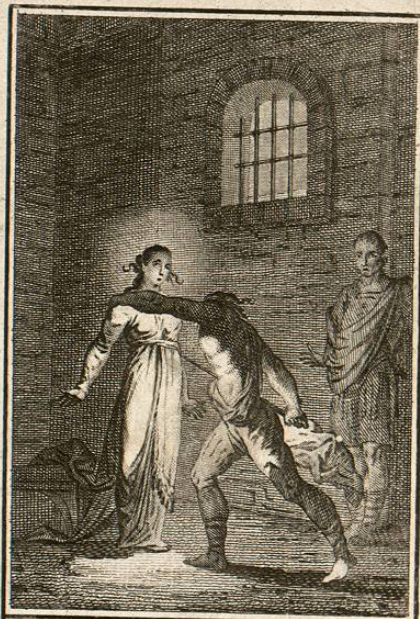
EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MIGDONIO Y MARDONIO, en la misma ciudad; los cuales dieron su vida en la misma persecucion, el uno quemado, y el otro soterrado en un hoyo. Entonces padeció tambien un diacono de S. Antimio obispo de Nicomedia; el cual llevando unas cartas á los mártires, fué preso por los gentiles, y apedreado pasó al Señor.

LOS SANTOS MÁRTIRES TEODULO, SATURNINO, EUORO, GELASIO, EUNICIANO (ó EUNICION), ZETICO (ó ZOTICO), CLEOMENES (por otro nombre POMPEYO), AGATOPO, BASILIDES Y EVARISTO, en Creta (ahora Candia); los cuales en la persecucion de Decio, despues de padecer crueles tormentos, murieron degollados (en la metrópoli de la isla. El concilio de Creta celebrado el año 438 escribian al emperador Leon que esta isla habia sido hasta entonces preservada de todo linaje de herejias, en virtud de la oracion que estos diez santos Mártires hicieron á Dios poco antes de entregar el cuello á la espada.)

SAN SERVULO, en Roma, de quien escribe S. Gregorio, que desde su niñez hasta que espiró vivió paralítico tendido en un portico junto á la iglesia de S. Clemente; y cuando llegó su fin, llamándole los Angeles con cánticos, pasó á la gloria del paraíso. Son muy frecuentes los milagros que obra el Señor en el sepulcro de este Santo.

SANTA VICTORIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

NINGUN nombre conyino jamás mejor á la cosa á que se impuso que el de Victoria á la Santa cuya vida y triunfos sobre los enemigos de Jesucristo escribimos. Era natural de Tivoli, una de las mas antiguas ciudades de Italia sobre el Teverona, mas antigua que Roma, de quien dista poco, y célebre aun el dia de hoy por sus pinturas, por sus palacios, por sus fuentes y por sus antigüedades. Nació nuestra Santa á principios del tercer siglo, de una familia distinguida por su nobleza, y por sus muchas riquezas; pero todavía mas ilustre por la adhesion á la religion cristiana de que sus padres hacian profesion. La educacion que la dieron correspondió perfectamente á su calidad y á su religion. Un natural feliz, un espíritu suave y dócil, unos modales nobles y llenos de agrado la hicieron desde luego el embeleso de sus padres; pero lo que se les hacia todavía mas amable fué su virtud, la que junta á una rara hermosura, la hizo una de las mas cabales personas de su sexo.



STA. VICTORIA VIRG. Y M.

Era Victoria las delicias de sus padres; quienes viéndola ya casadera, y solicitada de los jóvenes mas distinguidos que habia en Roma, la prometieron por esposa á un caballero, llamado Eugenio, de los mas calificados de la ciudad, y el mancebo quizá mas cabal de ella por sus grandes y bellas calidades; pero tenia la desgracia de ser pagano. Victoria se sorprendió de que la hubieran destinado por esposo un joven idólatra; pero sus padres, prendados de la dulzura, del talento y de los bellos modales de Eugenio, se habian persuadido que su hija no dejaría de convertirle; y la esperanza de esta conversion era principalmente quien los habia movido á concluir este casamiento. Victoria se rindió al gusto de sus padres, y agradándola Eugenio, y hallándole del carácter que se le habia pintado, se prometió la Santa hacer de él una conquista para Jesucristo, quitándosele al paganismo.

Tenia Victoria una amiga, llamada Anatolia, doncella de calidad, y cristiana como ella, la que no la cedía en belleza, y mucho menos en virtud: era de un talento superior, y pasaba por una de las doncellas mas cabales de la ciudad: como era con poca diferencia de la misma edad que Victoria, fué pedida al mismo tiempo por un señor romano, llamado Tito Aurelio, que la tenía una violenta pasión, y hacia muchas instancias porque se efectuára este casamiento; pero era pagano, y esta consideración era un grande obstáculo para una doncella como Anatolia, que habia hecho voto de virginidad, y que no podia sufrir á un idólatra. Sus padres, no obstante, entraban muy bien en este partido, y no cesaban de solicitarla á que diese su consentimiento á una alianza que la era tan ventajosa.

La generosidad con que Anatolia despreció esta proposición, aumentó la pasión del caballero, el que empleó todo género de artificios para ganar á su futura esposa; pero siendo todo inútil, se imaginó que nadie era mas capaz de ablandarla que su amiga Victoria, la que debiendo casar con Eugenio, que era su grande amigo, tenía interés en que Anatolia tomase el mismo partido que ella. Va, pues, á buscarla Tito Aurelio, y la pide con las mayores instancias le haga este buen oficio. Victoria, que habia ya consentido en casarse con Eugenio, admitió gustosa la comision, y prometió ganar á su amiga Anatolia.

Va, pues, á encontrarla, y despues de mil demostraciones de amistad, la dice: «Ya sabes, amiga mia, que yo soy cristiana como tú, y en esta suposición yo me guardaria de aconsejarte nada que te pudiese traer algun perjuicio: no ignoras que estoy prometida al caballero Eugenio, y yo sé que el caballero Aurelio está apasionado por tí: tus padres desean que te cases con

él: debes creer que la voluntad de Dios se te ha manifestado por la de tus padres, y así haces mal en rehusar porfiadamente una alianza como esta. Dios no condenó el matrimonio; podremos tú y yo santificarnos en este estado; y yo creo que Dios nos llama á él para sacar su gloria. Los caballeros Eugenio y Tito Aurelio es verdad que son paganos; ¿pero quién sabe si Dios nos los ha destinado por esposos, porque quiere hacerlos cristianos? Entrambos son de un carácter demasiado bueno, y tienen demasiado entendimiento para que quieran morir en su religion: ¿qué consuelo no sería el nuestro si quisiera Dios servirse de nosotras para hacer de entrambos dos generosos fieles! Por lo que á mí toca, yo he consentido en casarme con Eugenio únicamente con la esperanza de ganarle para Jesucristo: proponte tú el mismo motivo casándote con Aurelio, y aprovechémonos de la pasión que uno y otro nos tienen, para robarles al paganismo y al infierno dos tan ilustres despojos.»

Anatolia oyó tranquilamente á su amiga sin interrumpirla; pero lo mismo fué acabar de hablar, que tomar ella la palabra y decirle: «Créeme, mi querida Victoria, tú y yo tenemos un partido mucho mas ventajoso que el de estos dos señores romanos. Convento contigo en que el estado del matrimonio es bueno, y de ningún modo condeno á los que siendo llamados á él le abrazan; pero tú convendrás conmigo en que hay un estado mucho mas perfecto, y que este es el de las vírgenes. Estas son las que hacen la corte al Cordero sin mancha, y le acompañan á todas partes en calidad de esposas; Dios no condena el matrimonio; ¿pero cuanto mas alaba el celibato? El caballero Eugenio se quiere casar contigo; pero Jesucristo desea ardentemente que tú seas su esposa: mira tú ahora á cual de los dos quieres dar la preferencia; por lo que á mí toca, mi partido está tomado; yo nunca tendré otro esposo que á Jesucristo; pero ya que me es preciso descubrirte mi corazón, el que nada tiene oculto para tí, voy á hacerte una confianza. Luego que supe las diligencias que el caballero Tito Aurelio hacia con mis padres para casarse conmigo, me retiré á mi oratorio; y allí, puesta á los pies de un crucifijo, hice voto á Dios de mi virginidad por todo el tiempo de mi vida, resuelta á no tener jamás otro esposo que á Jesucristo. El mismo día distribuí á los pobres todo el valor de mis joyas y alhajas. La noche siguiente tuve una visión en que un mancebo de una belleza toda celestial se me apareció rodeado de un resplandor extraordinario, llevando en su cabeza una corona de oro; estaba vestido de púrpura y de piedras preciosas, y acercándose á mí con un aire afable y risueño, me dijo estas pa-

labras: ¡Oh si se conociera la belleza y el precio de la virginidad! Si se comprendieran las dulzuras ventajosas de esta celestial virtud, todo se sacrificaría por tener esta piedra preciosa; y despues de haberlo sacrificado todo, todavía se creería haberla adquirido por nada. A estas palabras desperté; y postrándome en tierra con lágrimas en los ojos, pedí con instancias á Jesucristo, que aquel que me había dicho aquellas palabras continuara en instruirme. Entonces oí la misma voz que me decía, que la virginidad era una real púrpura, que á los que están vestidos de ella los ensalza sobre los otros, y los pone junto al trono del Cordero. La virginidad, añadió, es una piedra preciosa que no tiene precio; es un tesoro inmenso con que Dios enriquece á sus favorecidos: los ladrones emplean todos sus artificios, y hacen todos sus esfuerzos para robársela á los que la poseen. Dios te ha privilegiado; concediéndote esta preciosa virtud: consérvala con cuidado. Es una flor que hace suyo, se lleva tras sí al Señor; pero es una flor delicada: aparta de tí todo lo que la puede marchitar, y está tanto mas solícita, cuanto la poseas en un grado mas eminente.»

Victoria escuchaba todo esto con una atención y de un modo que la hacia esperar lo todo á Anatolia. Movida de un discurso pronunciado con energía, y que salía de un corazón abrasado en el fuego del amor divino, se tiró al cuello de su querida amiga; y todavía mas movida de la gracia, que de lo que acababa de oír, la dice bañados los ojos en lágrimas: «Querida mía, no se dirá que sola tú has escogido el buen partido: Jesús, mi Salvador, quiere ser mi esposo, y yo no quiero tener otro; ninguna cosa será jamás capaz de hacerme perder el precioso tesoro de mi virginidad. Ahora veo que la esperanza de la conversión de un esposo pagano era un cebo, ó por mejor decir, un lazo que el demonio me armaba. Querida Anatolia, tú has sido mi amiga, yo seré de hoy en adelante tu compañera; y aunque hubiese de costarnos la vida, ¿podríamos hallar cosa mas dulce y de mayor satisfacción que el martirio junto con la virginidad?»

Apenas hubo acabado de hablar Victoria, cuando despidiéndose de Anatolia, se va á su casa, y habiendo vendido el mismo día sus anillos, sus collares de perlas, sus ricos pendientes de oro y todos los demás vanos adornos, distribuyó el dinero entre los pobres.

La conducta de estas dos vírgenes cristianas manifestó bien pronto su generosa resolución. Informados los dos caballeros Eugenio y Aurelio de su determinación, hicieron las mayores di-

ligencias para obligarlas á asentir á su casamiento; pero viendo que estaban inflexibles, recurrieron al emperador, y no pudiendo resolverse á perderlas, se contentaron con pedir al príncipe les permitiese cogerlas y llevarlas á sus casas de campo para ver si podían ganarlas, ó con el buen modo, ó con las amenazas, ó con los malos tratamientos, si perseveraban en su propósito. Anatolia fué puesta en una casa de campo en la Marca de Ancona, donde sufrió un prolongado martirio; y en donde, célebre por los milagros que hacia, y por las conversiones que se seguían de los milagros, fué delatada por cristiana al emperador, el cual envió orden al presidente Faustiniaco para que la obligara á adorar á los dioses; y si lo rehusaba, que la hiciera perder la vida. Ejecutóse la orden, y la Santa acabó gloriosamente su martirio, atravesándola el cuerpo con una espada el día 9 de julio del año de 253, en cuyo día celebra la Iglesia su memoria.

No fué menos dichosa la suerte de Sta. Victoria, habiendo sido encerrada en un castillo, donde fué tratada por mucho tiempo con una crueldad inaudita; jamás esclavo alguno tuvo tanto que sufrir: sin embargo, ninguna cosa pudo vencer su constancia; antes bien, victoriosa de todo género de enemigos de Jesucristo, tuvo también el consuelo, en medio de tantos malos tratamientos, de adquirir para el Salvador un gran número de nuevas esposas, habiendo persuadido á muchas doncellas que la iban á ver, que consagraran á Dios su virginidad. Adelmo, obispo de los sajones orientales en Inglaterra, que escribió su historia, dice, que juntó hasta sesenta, de las que la mayor parte unieron á la virginidad la gloria del martirio. Finalmente, cansado Eugenio de su perseverancia, la delató por cristiana, y habiendo obtenido orden de hacerla morir, hizo venir un verdugo que la atravesó el corazón con una espada. Fué su glorioso martirio el día 23 de diciembre del año 253, durante la persecución de Decio. Se asegura que el verdugo que la quitó la vida se llenó de lepra entonces mismo, y que murió comido de gusanos á los seis días.

SAN VINTILA, ANACORETA:
En una ermita junto á Sta. María de Pungin dentro del arcedianato de Castela, á tres leguas de Orense, se venera el cuerpo de S. Vintila, del cual dicen haber nacido en España de padres cristianos, que le educaron en el temor de Dios, y le dedicaron á las letras. Tenía él buen talento, aprovechó en los es-

tudios, y mas en la virtud. Era misericordioso, honesto, causaba horror hasta la sombra de pecado. Quiso Dios apartar de los riesgos del mundo, y le llamó á la vida solitaria. Obedeciendo él al impulso del Espíritu Santo dejó su casa y parentela, y se retiró á un monasterio, donde fué probada su vocacion, y alcanzó licencia para retirarse al desierto. Allí fué ejercitado con recias tentaciones, las cuales vencía con la oracion, con la mortificación continua y general de sus pasiones. Volaba la fama de este siervo de Dios, de muchas partes acudían á él gentes faltas de salud, ó necesitadas de consejo, ó deseosas de mejorar de estado ó de vida. Obraba Dios por su intercesion grandes milagros. Así perseveró dando buen olor de virtud hasta que le llamó Dios para sí. Fué su dichosa muerte tal dia como hoy en el año 890 siendo rey de Leon D. Alonso el Magno, y Sunna obispo de Orense. Su cuerpo está en un sepulcro de piedra, su epitafio traducido del latin es como se sigue: Aquí descansa el siervo de Dios Vintila; que murió el dia 23 de diciembre en la era CMXXVIII. Desde entonces ha proseguido hasta ahora la memoria de S. Vintila con gran reverencia y devocion en toda aquella tierra.

La misa es en honra de Sta. Victoria, y la oracion la siguiente:

Haced, Señor, que alcance— os fué grata por el mérito de mos el perdón de nuestros pe— su castidad, y por la profesion cados por la intercesion de la y manifestacion de vuestra virbienaventurada Victoria, vir— tud y poder. Por nuestro Se— gen y mártir, la que siempre ñor, etc.

La Epistola es del capítulo 7 de la primera de S. Pablo á los corintios.

Hermanos: Juzgo que esto la virgen se casase, no pecó. es bueno por la necesidad que Pero los tales padecerán la tribulacion de la carne; mas yo no hablo de vosotros. Esto, pues, bien el estarse así. ¿Estás atado á la mujer? No busques soltura. ¿Estás suelto de la mujer? os digo, ó hermanos: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen esposas sean como mares esposa, no pecaste. Y si los que no las tienen.

REFLEXIONES.

¿Qué elogios no han dado los santos Padres á la virginidad y

á las vírgenes cristianas; siguiendo el ejemplo del Apóstol? Son estas, dicen, la mas ilustre porcion del rebaño de Jesucristo, la gloria de la Iglesia, el triunfo de la gracia, y una prueba de la verdadera religion; prueba que no se encuentra en las sectas de los herejes, ni en las nuevas sociedades. Los novadores que las han formado, no se han atrevido á aconsejar ó aprobar lo que ellos no tenían valor para practicar. No ha habido un hereje que no haya sido enemigo de la virginidad. El libertinaje, á lo menos secreto, y la impureza, han sido la pasión comun, y uno de los principales resortes de todas las sectas. Lutero, cansado del celibato, no bien se hace heresiarca, cuando al punto deja el hábito de religioso: estupra á una religiosa, llamada Catalina de Bora, y se casa públicamente con ella sin reparar en que era presbítero. Calvino, aunque habia sido cura, apenas se hizo cabeza de partido, cuando busca mujer, y se casa con Idleta de Bura, viuda de Juan Sterder. Discúrrase por todas las sectas, no se hallará una en que la virginidad no esté proscripta. Por mas que Jesucristo nos dé una tan alta idea de esta admirable virtud, por mas que S. Pablo haga tan bellos elogios de ella, por mas que la aconseje como lo mas perfecto que hay, sus sentimientos sobre este punto de perfeccion jamás fueron del gusto de los herejes. Lo mismo es separarse de la Iglesia de Jesucristo, que venir á ser esclavos de la mas vergonzosa de las pasiones. La castidad es un don de Dios, y se puede decir que este don es propio y privativo de los verdaderos siervos de Jesucristo y de su Iglesia; y así no debe pasarnos el que las sectas cismáticas sean privadas de él: ellas pueden imitar otras muchas virtudes de los verdaderos fieles; penitencias, austeridades, ingenuidad, buena fe, modestia, paciencia y aun caridad: se encuentra hasta en los mahometanos alguna semejanza de estas virtudes; se ejercitan en ellas, y producen sus actos; pero de la castidad ignoran hasta el nombre; esta virtud no es menos desconocida de los herejes. La espresion sola de que se sirve aquí el Apóstol, da bastante á conocer que el matrimonio es un verdadero yugo, y una especie de cautiverio. ¡Buen Dios, qué caro cuestan las dulzuras que en él se prometen! ¡cuantas penas, cuantos disgustos, cuántas sospechas, cuántas pesadumbres secretas, cuántas cruces invisibles; pero pesadas y ciertas, que la prudencia hace que se oculten; pero que no por eso dejan de ser mas pesadas y dolorosas! Se ven las penas de un estado de perfeccion, y no se ve la uncion de la gracia que las suaviza y endulza; se ven los placeres del siglo, y no se ven las amarguras que las envenenan. Ciertamente, una reflexion seria sobre la brevedad de la vida

basta para quitarnos el gusto de todos los placeres, aun los mas inocentes.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 76.

MEDITACION.

De la verdadera virtud.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el apóstol S. Pablo hizo el retrato de la verdadera virtud, haciendo el de la perfecta caridad; son dos nombres estos que significan una misma cosa. La caridad, dice el Apóstol, es paciente, dulce, bienhechora: no es zelosa, nada hace fuera de propósito; no es ambiciosa, ni desdenosa; antes bien es atenta y oficiosa: no busca sus propios intereses: no piensa mal de nadie; siempre igual, siempre humilde, de nada se resiente, jamás se irrita, todo lo sufre con paciencia y todo lo disculpa con benignidad. ¿Te conoces en este retrato? ¡Cuántas gentes hacen profesion de virtud, y ciertamente no son de este carácter! Desengañémonos, un hombre verdaderamente devoto es un hombre sin amor propio, sin ficcion, sin ambicion: es un hombre siempre severo consigo mismo, que nada se perdona; pero extremadamente benigno con los otros, á quienes en todo los disculpa: hombre de bien sin afectacion, rendido sin baja, oficioso sin interés, exacto observador de la ley sin escrúpulo, continuamente unido con Dios sin alteraciones; nunca ocioso, y no pareciendo jamás demasiado hacendista ni bullicioso; nunca demasadamente ocupado, ni menos disipado con los negocios, á los cuales se presta; pero no se entrega ni se abandona. Lleno de bajos sentimientos de sí mismo, solo estima á los otros; porque no mira en ellos sino las virtudes que tienen, y no considera en sí sino los defectos á que está sujeto. Finalmente, un hombre verdaderamente virtuoso, es un hombre recto, sincero, atento, un hombre que jamás está de mal humor; porque siempre tiene todo lo que quiere, no queriendo jamás sino lo que tiene. Un hombre, á quien los mas felices sucesos no hinchan, á quien los mas adversos accidentes no abaten; porque sabe que es siempre una misma la mano de donde vienen los males y los bienes de la vida; y como solo la voluntad de Dios es la regla de su conducta, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tal es el carácter de una persona verdaderamente virtuosa. Cualquiera otro re-

trato no le es parecido, ni se le asemeja. Confrontemos con este retrato el de los santos, y los hallaremos perfectamente semejantes; confrontemos con él el nuestro; ¿hallaremos entre ellos alguna conformidad? Buen Dios, ¡y cuantas falsas virtudes hay en el mundo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuan enorme es la diferencia que hay entre nuestra pretendida virtud y la de los santos. Nos lisonjeamos que tenemos devoción, porque la estimamos y respetamos. Tenemos por amor de la virtud cristiana lo que las mas veces no es sino un puro conocimiento de su valor y de su mérito. ¿Queremos conocer si tenemos devoción? Juzguémoslo mas bien por nuestros sentimientos y por nuestra conducta, que por nuestros estériles deseos. ¡Ay, qué lejos se está de la verdadera piedad cuando las pasiones están todavía tan vivas, cuando se está dominado de sus propias pasiones! ¿Podemos ser devotos cuando somos tan poco humildes, cuando estamos tan llenos de nosotros mismos, cuando somos tan sensuales? ¿somos devotos cuando en casi todo solo buscamos nuestras comodidades y nuestras superfluidades? ¿cuando somos envidiosos del mérito ajeno? ¿cuando somos vengativos, poco compasivos, poco sinceros? ¿cuando somos tan interesados, tan ambiciosos, tan poco amigos de ceder? Si descuidamos de las obligaciones de nuestro propio estado, inútilmente nos lisonjeamos de que nos ejercitamos en todas las demás obras buenas. Cuando somos tan poco mortificados, tan amigos de nuestro propio dictámen, tan poco accesibles, somos poco devotos. Esas personas tan frecuentemente de mal humor, tan desatentas, tan ásperas; esas personas, á las que no se puede desobligar, sin escitar la acedia en su espíritu y en su corazón, sin inflamar su bilis; esas personas, sobre adustas, siempre dispuestas á prender fuego, siempre prevenidas, tan fáciles de enfadarse, y que casi nunca se olvidan de la ofensa que han recibido; esta especie de gentes pueden tener intervalos de devoción, pero no pueden lisonjearse con razón que son virtuosas. Muchas vanas apariencias de piedad, muchas esterioridades que engañan; pero en el fondo mucha hipocresía. El uso frecuente de los sacramentos es un medio muy propio para adquirir la virtud; pero cuando están las pasiones tan vivas, cuando somos tan imperfectos despues de cien confesiones y cien comuniones, quedamos como antes de ellas; este frecuente uso no es prueba de una virtud verdadera. Desengañémonos, es menester parecerarnos á los santos, es menester reconocer nuestro retrato en el que acabamos de hacer; sin esto, todo lo demás no

es sino virtud aparente, virtud superficial, máscara de virtud.

¡Cuan distante estoy, Señor, de este feliz estado, en que se encuentran las almas verdaderamente virtuosas! Conozco que no tengo virtud; pero me parece que tengo un sincero deseo de tenerla: dadme vuestra gracia, para que mi conducta me haga conocer mas de hoy en adelante que mi deseo no ha sido vano.

JACULATORIAS. — Dichoso aquel que teme al Señor, y que por la observancia exacta de sus mandamientos prueba que le ama. (*Psal. 111.*)

Haced, Señor, que toda mi conducta no sea otra cosa que el cumplimiento de vuestra ley. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Las personas que hacen profesion de virtud, con facilidad toman una cosa por otra en materia de devoción. Se la hace consistir en ejercicios de religion puramente exteriores, como muchas oraciones, muchas confesiones; pero poca enmienda. Se tiene zelo de la perfeccion de los otros; pero se dejan vivir en paz sus propias pasiones: evita este defecto. Sea todo tu estudio reformar tus costumbres, domar tus pasiones, corregir tu genio, y mostrar que eres un siervo fiel de tu Dios.

2 Examina cuales son tus defectos ordinarios: si eres colérico, arrebatado, de un humor poco accesible, de un genio altivo; si no tienes el cuidado que debes de tu familia; si eres adusto y rigido con tus domésticos; si eres ridiculo, molesto, enfadoso. Corrige estos defectos incompatibles con la virtud cristianá; tu enmienda será prueba segura de tu devoción.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

EL TRÁNSITO DE CUARENTA SANTAS VIRGENES, en Antioquia; las cuales en la persecucion de Decio por diversos tormentos alcanzaron la palma del martirio.

SAN GREGORIO, presbitero y mártir, en Espoleto; el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, primeramente fué apaleado con varas nudosas, y puesto en parrillas, y preso en cárcel áspera, y despues cruelmente herido en las rodillas con cardas de hier-